

Movimientos sociales y cambio social

¿Hegemonía o autonomía; tomar el poder o construirlo desde abajo?

Social movements and social change Hegemony or autonomy; take power or build it from below?

Miguel Ángel Ramírez Zaragoza

América Latina vive momentos de gran transformación política y social. Los gobiernos progresistas y las luchas populares forman parte de la disputa por una transformación social que fortalezca al Estado, debilite a la derecha y al neoliberalismo y amplíe la democracia basada en la participación ciudadana. El artículo pone a discusión las formas o vías mediante las cuales los movimientos sociales buscan el cambio social desde la organización política del campo popular. Para ello, se propone analizar dos dicotomías que nos permiten observar las posibilidades del cambio social y el papel que en cada una desempeñan los movimientos sociales: *hegemonía-autonomía* y *toma del poder-construcción del poder desde abajo*. El texto concluye con algunas ideas sobre la posibilidad de pensar el cambio social como la conjunción de luchas autonómicas y contrahegemónicas.

Palabras clave: movimientos sociales, cambio social, hegemonía, autonomía, Estado y poder político.

Latin America is experiencing moments of great political and social transformation. Progressive governments and popular struggles are part of the dispute for a social transformation that strengthens the state, weakens the right wing and neoliberalism, and expands democracy base on citizen participation. The article discusses the ways or means by which social movements seek social change from the political organization of the popular field. To do this, it is proposed to analyze two dichotomies that allow us to observe the possibilities of social change and the role that social movements play in each one: *hegemony-autonomy* and *take the power-construction of power from below*. The text concludes with some ideas about the possibility of thinking about social change as the conjunction of autonomic and counter-hegemonic struggles.

Key words: social movements, social change, hegemony, autonomy, State and political power.

Fecha de recepción: 13 de enero de 2022

Fecha de dictamen: 30 de marzo de 2022

Fecha de aprobación: 15 de abril de 2022

INTRODUCCIÓN

América Latina inició la tercera década de este siglo con un nuevo giro a la izquierda luego del interregno que significó el debilitamiento de la primera ola progresista y el resurgimiento de la derecha que recobró posiciones en Brasil, Argentina, Ecuador y Bolivia. Los movimientos sociales vigentes en la zona, aunados a los triunfos electorales en México, Argentina, Bolivia, Perú, Honduras, Chile y Nicaragua, nos permiten afirmar que nuestro continente sigue siendo el epicentro de oleadas progresistas que no sólo cuestionan, critican e impugnan el neoliberalismo sino que construyen alternativas con el empuje de la sociedad organizada, los partidos políticos y los gobiernos progresistas (García, 2021a; Zibechi, 2017). Existe una reconfiguración de los Estados con una tendencia a su fortalecimiento, una crítica al “viejo consenso globalista de libre mercado”, la necesidad de frenar a una derecha que explora nuevas formas de acción política y una “ampliación de la democracia con la irrupción de lo popular en la toma de decisiones” (García, 2021b).

Las primera ola progresista fue impulsada la mayoría de las veces por la confluencia de grandes movilizaciones sociales y la creación o consolidación de partidos de izquierda que potenciaron la fuerza de los movimientos sociales y la indignación de décadas de neoliberalismo económico y cultural, así como de autoritarismo político que negaba las posibilidades de la democracia (Gaudichaud, Webber y Modonesi, 2019; Ouviaña y Thwaites, 2019; Ackerman y Ramírez, 2020). La segunda ola se caracteriza por no haber tenido como antecedente grandes movilizaciones sociales (García, 2021), sin embargo la presencia de la organización popular sigue siendo un factor importante para los triunfos electorales y la integración de las agendas políticas, lo mismo que los liderazgos carismáticos y populares. Como actores colectivos los movimientos sociales son agentes promotores del cambio social que implica, en última instancia, la construcción de nuevas relaciones sociales que se alejen de la lógica del poder estatal y del capitalismo. Es común asociar a los movimientos sociales un elemento teleológico que apunta a la transformación de la vida social en su conjunto o en alguno de sus elementos constitutivos (Ramírez, 2019a). Los movimientos sociales son actores políticos que intentan formar parte de las decisiones colectivas que afectan o benefician a una colectividad, aspiran a transformar la realidad constituyéndose en actores que buscan el cambio social, el cual es pensado también como la suma de un cambio de valores (cambio cultural) y un cambio institucional (cambio político) (Castells, 2010), por lo que se explora la necesaria vinculación entre el poder, la política y los movimientos sociales.

El artículo pone a discusión algunas formas o vías mediante las cuales los movimientos sociales se ligan a la idea de cambio social desde la organización política del

campo popular. Las preguntas de las que partimos para este análisis tienen que ver con el problema de identificar cuáles son esas posibles vías para el cambio social y cómo se insertan los movimientos sociales en ellas. Se propone analizar dos dicotomías que nos permiten observar las posibilidades del cambio social y del papel que en cada una desempeñan los movimientos sociales: *hegemonía-autonomía* y *toma del poder-construcción del poder desde abajo*. En una perspectiva el cambio social requiere una necesaria vinculación entre movimientos sociales y partidos para acceder al control del poder estatal y desde ahí generar una contrahegemonía; mientras que en otra se postularía que la vía no pasa necesariamente por el control del aparato estatal sino en contrarrestar precisamente su poder generando formas de organización social autónomas y autogestivas, esta vía plantea la necesidad de construir un poder popular bajo una lógica y unos principios diametralmente opuestos a la lógica estatal. El texto concluye con algunas ideas sobre la posibilidad de pensar el cambio social como una suma de las dos dicotomías, particularmente la conjunción de luchas autonómicas y contrahegemónicas.

POLÍTICA, CAMBIO SOCIAL Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Los movimientos sociales son actores políticos centrales que contribuyen a una visión pública y colectiva de la política, históricamente han sido actores colectivos que alimentan la reflexión y la acción política constituyéndose en fuerzas políticas del cambio social, en defensores de lo colectivo y de lo común. Para entender su acción política es importante mencionar que “la política es el espacio y la dinámica del conflicto de intereses sociopolíticos, del enfrentamiento o de la alianza ante quienes desde el poder imponen los lineamientos legales, institucionales y funcionales de orden y acción en beneficio de determinados grupos sociales” (Oliver, 2005:12). Ante ese poder surge también una resistencia social, que muchas veces adopta la forma de un movimiento social, que puede convertirse en un contrapoder social, por ello es necesario pensar a los movimientos sociales como actores políticos. Siendo la política una manifestación del conflicto social y de la lucha por el poder, no se puede acabar, puede existir una crisis de la política entendida como un agotamiento de un modelo específico de relaciones sociopolíticas, pero no el fin de la política (Modonesi, 2005:36; Aguirre, 2007a y b).

De esta manera, “la política no es sólo la simple articulación de la dominación desde arriba, o la acción del poder del Estado (Estado como aparato) sobre la sociedad y sobre los distintos actores políticos” (Oliver, 2005:15), sino, sobre todo “una relación de conflicto, explícito o implícito, entre fuerzas, intereses y actores con diversos proyectos,

comportamientos y actitudes que tienden a modificar las formas y modalidades de la vida pública y las definiciones del poder” (Oliver, 2005:15; Osorio, 2004). Los movimientos sociales forman parte de ese conjunto de actores que se insertan en relaciones conflictivas tratando de modificar su posición frente a otros actores como el Estado con la finalidad de incidir en la vida pública para mejorar las condiciones de vida de la población. Para enfatizar esta visión del poder es importante afirmar, siguiendo a Oliver (2005:15) que:

[...] la política es tanto la acción del poder estatal como la acción de las otras fuerzas y actores que la resisten o modifican. La política trasciende la lucha por el gobierno y la conquista del Estado. Es una lucha general por ejercer e influir en el poder político y abarca todo el conjunto de mediaciones y formas de dirección, compromiso, regulación o desregulación del conflicto.

En esta visión de la política el cambio social sería el resultado de una correlación de fuerzas favorable a los movimientos sociales y a los grupos subalternos que representan (Ruiz, 2016). El cambio social se puede observar como una permanente construcción de alternativas –tanto al Estado como al capital– a veces a escala micro-social y local, a veces a escala mesosocial o regional e incluso en ocasiones a escala macro-social o nacional e internacional, combinando una gran diversidad de actores sociales como los movimientos, pero también políticos como los partidos (Ramírez, 2019a).

La forma en que se ejerza la política en un contexto determinado, así como el tipo de actores que intervengan –como los movimientos sociales– en las decisiones colectivas de carácter democrático para la solución de conflictos dará origen a determinados procesos políticos donde cada actor intentará imponer su visión del mundo, del futuro y del cambio social. Para Sidney Tarrow (1997) es importante hablar del “proceso político” en la medida en que el contexto político en el que se desarrolla una acción colectiva es importante para entender su surgimiento, desarrollo y eventual triunfo. El papel del Estado descolla en la medida en que sigue siendo la institución política a la que los movimientos dirigen sus demandas convirtiéndose en uno de sus principales oponentes. Para Tarrow (2016:21), los movimientos sociales son “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades”. Esto da como resultado una acción colectiva de carácter contencioso que necesitará de estructuras organizativas para permitir que un determinado grupo social –que generalmente no ha sido considerado por las instituciones políticas o carece de vías de participación por los cauces institucionales– realice un conjunto de reivindicaciones –muchas de las veces novedosas o emergentes– exigiendo al Estado la solución a sus demandas convirtiéndose

—a partir de sus movilizaciones y protestas— en una amenaza no sólo a la legitimidad del poder de las élites dominantes sino incluso al propio orden establecido, siendo un germen de transformación social. Un movimiento social generalmente surge como respuesta a una acción del Estado como la organización política depositaria del poder político. El Estado a partir de ser controlado por una élite política o una clase social concentra en gran medida el poder político generando mecanismos autoritarios en la toma de decisiones políticas (Osorio, 2004).

La incidencia de los movimientos sociales en la política estatal al aprovechar la apertura de la estructura de oportunidades políticas (Tarrow, 2016), la crítica que hacen al Estado y sus instituciones, así como su capacidad de generar propuestas de carácter político (democráticas) contribuye a acelerar el cambio institucional o cambio político del que habla Castells (2010) como elemento necesario para darle una forma político-institucional al cambio de valores, logrando en su conjunto incentivar un cambio social. En la perspectiva de Tarrow y Tilly —que se centra más en el Estado y en la dimensión estructural de la política— tendrían más cabida las posiciones que apuntan a que el cambio social es más viable a partir de la construcción de contrahegemonía. Pues una lucha contrahegemónica se puede iniciar, por ejemplo, con el aprovechamiento por parte de los movimientos sociales de la división de las élites o mediante una alianza coyuntural o estratégica con los partidos políticos de izquierda. La conformación de los movimientos utilizando la previa conformación de redes y organizaciones prefiguran las estructuras organizativas de dichos movimientos una vez desatado un conflicto.

El trabajo cotidiano de los movimientos sociales y su capacidad de incidir en la solución de las grandes desigualdades tiene, en este siglo XXI, una gran potencialidad revolucionaria en la medida que su intervención e incidencia directa en la sociedad le permite crear condiciones favorables para que los sujetos puedan impulsar la modificación de las principales relaciones sociales capitalistas como la dominación, la explotación y la enajenación y sentar las bases de otro tipo de organización política y social que genere y refuerce relaciones de cooperación y solidaridad. Esta posición de los movimientos sociales que los hace radicales, activos y conscientes rebasa las visiones clásicas y ortodoxas del cambio social y revolucionario donde necesariamente debía existir una vanguardia revolucionaria expresada en la clase proletaria y su partido (generalmente comunista o socialista) que tomaría el poder del Estado y desde ahí generaría los cambios de arriba hacia abajo (Holloway, 2002; Aguirre, 2007a).

Para Zibechi (2006:25), “el hecho de que las ‘organizaciones’ incrustadas y sumergidas en la vida cotidiana sean las mismas ‘organizaciones’ que llevan adelante las luchas y las insurrecciones, es una de las nuevas características de los movimientos (que son siempre sociales y políticos) de nuestro continente (americano)”. En la lógica del cambio social por medio de la conquista del poder estatal se privilegiaban

los procesos macropolíticos, macroeconómicos y macrosociales dando poco margen a la acción de pequeños grupos; por el contrario, en la visión del cambio centrada en la dispersión y construcción del poder desde abajo se posibilitan y potencian los procesos micropolíticos, microeconómicos y microsociales dando amplio margen de acción a grupos sociales pequeños que desarrollan una lucha política que los dota de una capacidad revolucionaria y transformadora. Los movimientos sociales han explorado diversas vías de cambio y transformación social que en última instancia implican un cambio en las relaciones sociales, por ello, para Castells:

[...] los cambios en la conducta individual y la acción colectiva sin duda influyen y modifican de forma gradual las normas e instituciones que estructuran las prácticas sociales [...] las instituciones son cristalizaciones de las prácticas [...] y estas prácticas están enraizadas en las relaciones de poder. Las relaciones de poder están incorporadas en instituciones de todo tipo. Estas instituciones son el resultado de conflictos y acuerdos entre los actores sociales que representan la constitución de la sociedad según sus valores e intereses. Por tanto, la interacción entre el cambio cultural y el cambio político produce el cambio social (2010:393).

Especificando esta postura podemos decir, siguiendo al mismo Castells, que:

El cambio cultural es un cambio de valores y de creencias procesado en la mente humana a una escala lo suficientemente grande como para afectar a la sociedad en su conjunto. El cambio político es una adopción institucional de los nuevos valores que se difunden por la cultura de la sociedad [...] el conjunto de estos cambios, con sus contradicciones, convergencias y divergencias, constituye el tejido de la transformación social (2010:393-394).

En esta perspectiva, Castells (2010:394) conceptualiza como movimientos sociales a los actores que aspiran al cambio cultural (cambio de valores), mientras que a los procesos que aspiran al cambio político (cambio institucional) en “discontinuidad” con la lógica de las instituciones políticas tradicionales o dominantes las define como “políticas insurgentes”. Como elemento empírico de esta construcción teórica podemos decir, por ejemplo, que el zapatismo es un movimiento social que aspira (en su vertiente interna) al cambio cultural y que mediante el proceso de construcción de su autonomía –entendida como una política insurgente– está constituyendo un cambio político, traducido en sus instituciones políticas como los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (Marez) y las Juntas de Buen Gobierno (JBG). Ambas dimensiones, la cultural y la política, están dando paso a un cambio social comunitario y que podemos observar en su teoría y práctica del mandar obedeciendo (Aguirre, 2007b; Ramírez, 2019c).

Castells (2010:394-395) afirma también que “sólo sabemos si las acciones colectivas fueron realmente sujetos del cambio social por sus repercusiones”, es decir, conociendo “cómo, cuándo y cuántos nuevos valores se institucionalizan en las normas y organizaciones de la sociedad”. Es importante señalar que para este autor el cambio social es paulatino, pero a la vez constante y permanente, de ahí que:

[...] el cambio social y político siempre se ha llevado a cabo en todas partes y en todas las épocas a partir de miles de acciones gratuitas y en ocasiones tan inútilmente heroicas [...] que no guardan proporción con su eficacia. Gotas de lluvia incesante de lucha y sacrificio que termina inundando los bastiones de la opresión si los muros de la incomunicación entre soledades paralelas empiezan a resquebrajarse y los espectadores se convierten en actores (Castells, 2010:25).

Por eso afirma también que “el poder político es tan sólo una dimensión del poder, ya que las relaciones de poder se construyen en una interacción compleja entre diversas esferas de la actividad social” (Castells, 2010:25). En este sentido, el cambio social que se observa en las comunidades zapatistas es también paulatino e incluye un cambio cultural y de valores. Bajo estas premisas pasemos ahora a analizar las dicotomías propuestas para entender las posibilidades del cambio social y la acción concreta de los movimientos sociales.

CAMBIO SOCIAL: ¿TOMAR EL PODER O CONSTRUIRLO?

Para Raúl Zibechi –quien afirma que muchos de los movimientos sociales como el zapatismo constituyen *poderes antiestatales*–:

La dinámica interna de las luchas sociales va tejiendo relaciones entre los oprimidos, que les permiten en una primera instancia asegurar la sobrevivencia, tanto material como espiritual. Con el tiempo y el declive del sistema dominante, sobre la base de esas relaciones, crece un mundo nuevo, o sea diferente al hegemónico. A tal punto que, llegado el momento, la sociedad presenta la forma de un mar de relaciones sociales “nuevas” y algunas islas de relaciones sociales “viejas”, que son básicamente las relaciones estatales (2006:27).

La acción de los movimientos sociales emancipatorios y autonomistas, en este sentido, tiende a la construcción de espacios de poder antiestatales en un primer momento, formas autogestivas alejadas de la lógica estatal y, en un segundo momento, a la consolidación de espacios posestatales donde el poder no se impone de forma

vertical sino que se reproduce de forma horizontal teniendo su origen y legitimidad en el pueblo, en la comunidad; los Marez y las JBG son un claro ejemplo de construcción de poder popular no estatal.

Para los movimientos sociales que quieren transformar el mundo y consolidar un cambio social donde prevalezcan relaciones sociales de solidaridad, reciprocidad, emancipación y cooperación, alejados del aparato estatal, es preciso fomentar procesos de autoorganización que sean el germen de relaciones sociales “nuevas”. Desde este punto de vista, Zibechi (2006:27) afirma que “lo más revolucionario que podemos hacer es empeñarnos en crear nuevas relaciones sociales al interior de nuestros territorios, relaciones que nacen de la lucha y se sostienen y se expanden gracias a ella”. Así, además de que los movimientos sociales pretenden modificar las relaciones sociales capitalistas para implantar relaciones nuevas en el seno de la sociedad, en su actuar cotidiano los movimientos modifican también las relaciones internas de sus militantes y simpatizantes a partir de un proceso de aprendizaje colectivo, el movimiento se convierte en una escuela política que reproduce formas horizontales de participación que refuerzan el sentido de la democracia, buscando resignificar la idea y práctica del mandar obedeciendo que proponen y practican las comunidades zapatistas en México.

La construcción de poderes no estatales que sean la base de nuevas relaciones sociales debe estar basada en la idea de que tales poderes, al surgir de la sociedad misma, no pueden estar separados o escindidos de ésta, no forman un espacio aparte. De esta manera, los movimientos sociales emancipatorios y autonomistas buscan distribuir, expandir o dispersar el poder en todo el cuerpo social. Como capacidad de decisión comunitaria el poder social contrapuesto al poder político estatal tiene su origen y fundamento en todo el conjunto social. Las asambleas, consejos, juntas y demás formas organizativas que utiliza el pueblo para ejercer su poder que obedece se oponen diametralmente a la idea de la monopolización de la coacción física de un cuerpo separado de la sociedad, éste es el Estado (Zibechi, 2006:31).

El movimiento zapatista en sus 28 años de existencia pública es una máquina de construcción de poderes no estatales, dispersos y no centralizados. Si bien tienen la ventaja de ejercer el control sobre su territorio –situación que tiene otras experiencias autoorganizativas–, los zapatistas son capaces de construir poderes comunales y espacios colectivos unidos y no separados de la sociedad, léase del pueblo, que es siempre el depositario del poder político como potencia y capacidad transformadora que dimana de la comunidad y que no se pone por encima de ella como sí lo hace la organización política estatal. Para Zibechi:

El zapatismo, desde 1994, iluminó el continente y el mundo con un levantamiento que no busca la toma del poder sino la construcción de un mundo nuevo, y muestra

la importancia de construir autonomías (comunales, municipales, regionales) desde abajo y, más recientemente, busca expandir hacia todo México una cultura política no institucional y, siempre, desde abajo [...] Con las Juntas de Buen Gobierno, los zapatistas nos enseñan que es posible –por lo menos en escalas pequeñas– construir formas de poder no burocráticas, en [con] base a [en] la rotación de los representantes, alejadas de las prácticas estatales (Zibechi, 2006:24).

Parfraseando a Aguirre Rojas (2007a:82), la propuesta zapatista es clara: no se trata de tomar el poder, sobre todo si se piensa en que éste se concentra en la esfera estatal, de lo que se trata es de revolucionarlo radicalmente, construirlo desde abajo, desde su fuente social y ejercerlo con base en el mandar obedeciendo para que lo político nunca pierda relación con lo social que le da origen. Así, el poder que se construye es un poder subalterno, un poder de base y esencia popular.

El Estado es, en esta perspectiva, una *institucionalización* del poder político y éste una *protocolización* del poder social. Por tal motivo, “para impugnar al poder político establecido, o también al poder del Estado que hoy gobierna, hace falta remitirse siempre a la sociedad y al conjunto completo de la vida social, movilizand o distintas formas de ese poder social ubicuo y disperso, como puntos de apoyo específico para dicho combate en contra de las formas políticas y estatales de ese poder hoy dominante (Aguirre, 2007a:77).

En esta lógica, un movimiento social antisistémico es aquel actor colectivo que se moviliza y protesta siendo siempre una expresión del poder social que se contrapone al poder político y estatal dominante, abarcando en su lucha esferas (frentes de lucha) y recursos culturales, ideológicos, sociales, económicos y políticos para cambiar el sistema social dominante (Aguirre, 2007a:77). En el caso del movimiento zapatista como movimiento antisistémico, lo anterior se puede ejemplificar en sus dos vertientes: en la interna, con la construcción de la autonomía global (Aguirre, 2007b) como un proceso sociopolítico que abarca todas las dimensiones de lo social; y en la vertiente externa, con la iniciativa de la Otra Campaña (Ramírez, 2019c) que despliega sus esfuerzos en todos los frentes de lucha posibles para combatir la discriminación racial, social, generacional, étnica o cultural, lo mismo que la lucha contra la explotación económica, la desigualdad social, el despotismo político, la miseria cultural o las distintas formas de opresión, el despojo, la humillación y la exclusión sociales en todas sus formas (Aguirre, 2007a y b).

Por eso el zapatismo, a 28 años de su aparición, es un movimiento netamente anticapitalista y antisistémico en la medida que ha trascendido un carácter coyuntural, efímero, parcial y acotado inscribiéndose en la lógica de la generación de contrapoderes sociales, que son alternativos y divergentes de los poderes político y estatal. Contrapoderes que son construidos desde el seno de la sociedad, desde “abajo y a la

izquierda”, desde la acción de los grupos subalternos, posibilitando una transformación social radical en la medida en que esos contrapoderes fueron primero emergentes, luego alternativos y finalmente sustitutos del poder estatal y político dominante (Aguirre, 2007a y b). De ahí que, más que “tomar el poder del Estado” se trata de destruir este Estado eliminando las viejas formas de ejercicio de la política, colocando en su lugar un aparato racional e inteligente de administración de los problemas colectivos de la comunidad, poniendo en práctica nuevas relaciones basadas en el mandar obedeciendo que implica una nueva forma de gestionar los asuntos públicos. Por último, nos preguntamos junto con los zapatistas: ¿se trata de cambiar el mundo sin tomar el poder? A lo que respondemos evidentemente que no. Más bien se trata de “cambiar el mundo revolucionando el poder y construyéndolo desde abajo” (Aguirre, 2007a). Esta postura política implica la conversión de los actores sociales en sujetos políticos con capacidad de construir poderes antiestatales de matriz social. La construcción de relaciones sociales solidarias, cooperativas, libertarias y emancipatorias se convierte en una tarea imprescindible que fortalece la organización política, campo popular profundamente transformador y revolucionario. Los movimientos sociales se convierten en uno de los actores centrales en el objetivo de generar los procesos de cambio social.

La lucha social construye los caminos de la emancipación social, sólo así se puede generar poder popular avanzando en la creación:

[...] de un potente movimiento social antisistémico, que encarnando un poder social creciente y cada vez más omnipresente en todo el tejido social, vaya *destruyendo* al viejo Estado y *eliminando* a la vieja política y a la clase política a ella vinculada, para instalar en esos espacios estatales y políticos, a un gobierno que “manda obedeciendo” y que aplica y practica una “otra política” (Aguirre, 2007a:84).

Este es el mensaje del zapatismo, estas son parte de sus enseñanzas y contribuciones al cambio social y estas pueden (deben) ser algunas de las ideas que guíen un trabajo social crítico y comprometido con la solución radical de los problemas sociales.¹

El zapatismo como movimiento social inició la construcción de facto de su autonomía como una “política insurgente”, que constituyó un acto de resistencia contra las instituciones políticas tradicionales o dominantes del Estado mexicano (en sus tres órdenes de gobierno) y sus acciones injustas e inmorales, instituciones políticas carentes de toda legitimidad. Posteriormente pasó de la resistencia a la constitución

¹ Para una revisión crítica de la autonomía zapatista que permita ver algunos límites de esa vía se sugiere el texto de Marco Estrada Saavedra (2007).

de prácticas e instituciones alternativas que dieron origen a la construcción de nuevas prácticas culturales e instituciones políticas que aceleraron el cambio social en todas sus dimensiones.

CAMBIO SOCIAL: ¿HEGEMONÍA O AUTONOMÍA?

Los movimientos sociales se proponen, en mayor o menor medida, transformar la realidad vigente con la cual están inconformes e insatisfechos. Ello requiere que los movimientos conozcan sus condiciones reales de fuerza y que identifiquen plenamente a sus oponentes y adversarios, pues la lucha por la hegemonía –“como estrategia de transformación revolucionaria”– requiere tomar en cuenta tanto los “elementos materiales” como las “dimensiones culturales” (Sader, 2001:88). Por su parte, toda lucha autonómica también requiere tomar en cuenta que para lograr un cambio social se deben modificar tanto las condiciones materiales (que sustentan la reproducción de la vida social) como las subjetivas (que implican cambios en la mentalidad de los sujetos). Toda lucha por una transformación social se traduce en una correlación de fuerzas permanente que permite obtener la victoria a aquel actor que cuente con mayor capacidad de generar fuerza, influencia y autoridad como los tres componentes del poder político (Válles, 2007), independientemente de la estrategia adoptada, es decir, de la opción autonómica o hegemónica, e incluso, de la combinación de ambas. En la medida en que el cambio social implica necesariamente la transformación de las relaciones sociales, tanto las luchas autonomistas como las hegemónicas pueden ser consideradas luchas antisistémicas pues, aunque por distintas vías el objetivo final de los movimientos sociales que buscan una transformación social es crear nuevas relaciones alejadas de las relaciones capitalistas basadas en la explotación, la dominación y la enajenación buscando, por el contrario, relaciones de solidaridad, reciprocidad y cooperación.

La autonomía como vía de cambio social apunta a la capacidad de resistencia y rebelión que los actores colectivos pueden desarrollar en un primer momento para contrarrestar los efectos de la dominación estatal y del capital y, posteriormente, a partir de la generación de las condiciones necesarias, pasar al plano de la instauración de poderes antiestatales construyendo las condiciones para generar alternativas de organización política, económica y social. Por su parte, la hegemonía como vía del cambio social apunta a la necesaria alianza de los movimientos sociales con actores políticos como los partidos o los sindicatos para acceder al poder del Estado –generalmente por medio de elecciones–, a partir de una alianza que permita vencer a los grupos conservadores de la derecha y la oligarquía y realizar acciones para modificar las estructuras de dominación

desde el aparato estatal mismo, así como una estrategia de desarrollo y de participación democrática de la sociedad. En ambos casos la intención es construir un orden social basado en nuevas estructuras políticas y nuevas relaciones sociales que se alejen de la dominación, la explotación y la enajenación propias del capitalismo y de la lógica estatal.

Pero en ese cometido, la perspectiva autonomista se centra en un enfoque que pone énfasis en las formas organizativas independientes con base en la forma barrio o comunidad y que busca alejarse de la forma Estado, en esta vertiente los movimientos sociales adoptan una posición antagonista y apelan a la construcción de un poder popular; por su parte, la perspectiva hegemónica pone énfasis en la acción de los movimientos sociales en su disputa por la nación y por el poder estatal, además de crear un contrapoder de base popular se necesita avanzar en la construcción de una contrahegemonía a partir de la unión de fuerzas de las distintas clases subalternas y de su alianza con otros sectores de la sociedad civil y de la sociedad política (Ruiz, 2016).

En la actual etapa del capitalismo basada en el neoliberalismo, los movimientos sociales se definen en gran medida por su oposición a este modelo. Ser antineoliberal implica no sólo estar en contra de ese modelo sino la necesidad de crear las condiciones para lograr una sociedad posneoliberal; es decir, una que abandone paulatinamente el neoliberalismo y que vaya sentando las bases para una sociedad poscapitalista. Tanto las experiencias autonómicas como las contrahegemónicas tienen sus mecanismos para ser antineoliberales y pretender ser anticapitalista. De esta manera, por ejemplo, desde la perspectiva contrahegemónica, Emir Sader nos dice que:

El triunfo sobre el neoliberalismo [...] tiene que ser principalmente [...] un triunfo ideológico. No solamente de los valores morales [...] que nos orientan, sino también de los valores que orientan cotidianamente a las personas, lo que significa una presencia constante en los conflictos concretos, en los debates diarios y, sobre todo, velar por el éxito de las luchas reivindicatorias y de sus movimientos que pueden recobrar la confianza en las soluciones colectivas y golpear de forma contundente el egoísmo consumista prevaleciente. Pero las victorias definitivas tienen que desembocar en triunfos políticos, en la cristalización de una nueva relación de fuerzas, en políticas puestas en práctica por gobiernos locales y por Estados. Toda forma de subestimación del plano político peca por no reconocer la correlación de fuerzas real existente y necesaria para construir otro mundo. En primer lugar, para quebrar el poder concentrado del gran capital, que tiene sus bastiones en los Estados nacionales, tanto en el centro como en la periferia del capitalismo (Sader, 2001:95).²

² Para Sader, “el desafío consiste en construir una hegemonía alternativa, anticapitalista, que se apoye en las fuerzas sociales de la ‘sociedad civil’, opuestas a otras fuerzas de la sociedad civil, buscando la

Así, un verdadero “triumfo político” que sea la base para una transformación social radical sólo puede darse, en la perspectiva de Sader, creando un bloque contra-hegemónico que utilice al Estado para generar las adecuaciones necesarias que tienen que ver con los programas, políticas y demás acciones de gobierno que se traduzcan en una menor desigualdad social y económica de la población. También se necesita crear Estados más independientes del capital y con mayor soberanía para poder convertirse en agentes del cambio apoyados por amplios sectores movilizados de la sociedad que le den legitimidad y le permitan defender la soberanía e independencia nacionales.

Por otra parte, desde la autonomía, la acción de los movimientos sociales pasa no sólo por la idea central de salirse del control del aparato estatal sino también de la lógica de los partidos políticos como formas de organización política dominante para la conquista del poder estatal. Generalmente se critica que las autonomías pueden posibilitar un cambio sólo en un ámbito local o regional mostrando pocas posibilidades de tener éxito en escalas como lo nacional, por lo que algunos desestiman la importancia de estas luchas y no les dan valor si no se insertan en una lucha también por la hegemonía.

Hoy el capitalismo está agrietado por la multiplicación de sus propias contradicciones, así como por la acción política de los grupos que lo resisten y deslegitiman. Los zapatistas en México han hecho un llamado a llenar esas grietas del capitalismo con luchas en los diferentes frentes. La lucha es “entre el sistema y la humanidad” –afirman–, por eso la lucha anticapitalista “es una lucha por la humanidad”, por eso la consigna “contra el capital y sus muros, todas las grietas” hace un llamado para “organizarse con autonomía” frente al capitalismo que destruye lo humano (EZLN, 2017). En este mismo sentido se encuentra el planteamiento de Holloway (2011:8-10) de “agrietar el capitalismo” rompiéndolo de muchas maneras para fragmentarlo, agrietar los muros del capital antes de que nos aplasten, eso se logra con la construcción de espacios de contrapoder. Hay experiencias en América Latina que apuntan en esa dirección como el caso de las asambleas en los barrios populares, las Juntas de Buen Gobierno zapatistas, las fábricas recuperadas, las diversas y heterogéneas experiencias cooperativas, los grupos de autodefensas, los movimientos en defensa del territorio, así como las policías comunitarias, entre otros muchos casos que hacen que las grietas se encuentren en todas partes. Lo importante es hacer que estas luchas sociales confluyan

transformación de las bases fundamentales de la sociedad y del Estado. Así, los gobiernos democráticos y populares –como los de Rio Grande do Sul o Porto Alegre y de otros municipios con políticas similares en esa región– son aliados fundamentales, puestos de avanzada en la construcción de una fuerza política e ideológica para la construcción de un mundo antiliberal” (2001:96).

para hacer cada vez más grandes las grietas del capitalismo y que las formas autonómicas construyan puentes entre sí.

La hegemonía pone énfasis en la necesidad de tener un Estado que regule y fomente el crecimiento económico y el desarrollo social, que combata la pobreza desde sus programas y políticas sociales y que abra espacios de participación a los sectores populares para fomentar su inclusión al cambio político de carácter democrático. También es necesario que ese Estado se convierta en el protector de los derechos sociales, de los bienes comunes como los recursos naturales, así como del rescate y la defensa de la soberanía como instrumento necesario para la autodeterminación de los pueblos. Este Estado debe estar controlado por fuerzas progresistas que hagan de él un instrumento para la disminución de las desigualdades sociales como primer paso hacia mecanismos más radicales de redistribución de la riqueza y del poder político, se necesita una “democratización radical del Estado” (Sader, 2001:96). Los casos de Bolivia y Ecuador (con Evo Morales y Rafael Correa respectivamente) son paradigmáticos en este sentido, muestran la necesaria confluencia entre movimientos sociales y partidos políticos en la lucha electoral y en el ejercicio del gobierno. Amén de las contradicciones propias en estos procesos y del eventual agotamiento del primer ciclo de gobiernos progresistas en la región, la experiencia de estos gobiernos populares nos ha permitido ver los alcances y los límites de la lucha por la hegemonía, la cual sigue –sin embargo– siendo una vía explorada que se combina a la vez con experiencias que apuntan hacia la autonomía y que eventualmente pueden confluir en el tiempo y en el espacio. La crítica a los gobiernos progresistas tiene que ver con el hecho de que si bien se logró detener en parte la hegemonía neoliberal, lo que se ha generado es sólo un posneoliberalismo que no se traduce en el poscapitalismo necesario. Además, en ocasiones el Estado sólo pudo restituir ciertas funciones y obligaciones que le habían sido arrebatadas por el neoliberalismo generando una especie de “neodesarrollismo asistencialista” (Gaudichaud, 2015). Sin embargo, Emir Sader defiende a estos gobiernos y cuestiona la –para algunos– evidente crisis de los gobiernos progresistas al afirmar que si bien se puede observar un agotamiento del “posneoliberalismo” y una incapacidad para avanzar hacia un “poscapitalismo” nadie puede negar por ejemplo, que esos gobiernos (se refiere sobre todo a Venezuela, Ecuador, Brasil, Uruguay y Bolivia) en sus respectivos países “han disminuido sustancialmente la desigualdad, la miseria, la exclusión social, aun en el marco de un aumento de esos fenómenos a escala mundial”, también “han debilitado la capacidad de influencia de Estados Unidos en la región y han proyectado espacios propios de acción” a partir por ejemplo de procesos de integración regional y, por último, “han proyectado espacios propios de acción” recuperando “capacidad de acción económica, política y social” (Sader, 2015).

Para Sader:

[...] separar la lucha social de la política –la “sociedad civil” del Estado– representaría girar en el vacío, acumulando fuerza social sin hacerla desembocar en fuerza política o, peor todavía, haciendo que esa fuerza sea canalizada para proyectos de renovación de las fuerzas sistémicas y no de su radical transformación. [Y acota más adelante] La alternativa no es, entonces, entre sociedad civil o Estado, o entre fuerzas sociales o políticas, ya que la lucha social no se sustenta en el vacío político. Si no llenamos ese espacio con un proyecto político de gobierno, de sociedad, de poder conscientemente asumido, estaremos permitiendo que otros coopten esa fuerza social (2001:96).

EL CAMBIO SOCIAL COMO LA SUMA DE AUTONOMÍA Y HEGEMONÍA A MANERA DE CONCLUSIÓN

Durante los últimos años del siglo XX y gran parte de lo que va del XXI, América Latina ha sido un laboratorio de experiencias de transformación social tanto por la vía autonomista como por la hegemónica. En la primera se puede mencionar la experiencia de los movimientos sociales como el zapatismo o las de defensa del territorio como en Cherán, en México, el Movimiento de los Sin Tierra (MST) o las experiencias de luchas socioambientales en Brasil o el movimiento “piquetero” en Argentina; en el caso de la segunda vía se puede mencionar la complicada alianza entre movimiento sociales, organizaciones sindicales y partidos políticos que llevaron al poder a personajes como Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez en Venezuela o a Rafael Correa en Ecuador. En ambos casos las formas, medios y mecanismos de acción de los actores y movimientos sociales han sido distintas dependiendo de la coyuntura y las condiciones de cada país y sociedad; sin embargo, llama la atención el hecho de que el cambio social ha estado presente en las demandas de los movimientos sociales y que se han explorado distintas formas de conseguirlo con las evidentes contradicciones y dificultades en cada proceso, pero con la firme convicción de que es posible cambiar la condición de dominación caracterizada por la hegemonía neoliberal en la región y por la preeminencia de la democracia representativa y la desigualdad social. Las últimas movilizaciones realizadas antes de la pandemia de covid 19 en países como Chile, Perú y Colombia muestran que el potencial de las movilizaciones sociales puede llevar el germen de ambas vías al propiciar, por un lado, el triunfo de partidos de izquierda en alianza con movimientos sociales y, por otro, los procesos organizativos de distintos sectores de la sociedad.

Reseñando los trabajos de Álvaro García Linera en el libro *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Massimo

Modonesi (2010) menciona que el autor ha explorado el análisis y la militancia de los dos “idearios emancipatorios” (autonomista y hegemonista), en el caso concreto del movimiento indígena boliviano se puede observar un paso de la lucha autonomista a la hegemonista. Tomando como referencia el ensayo de García titulado “Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias” (escrito en 2005), Modonesi afirma –siguiendo a García– que en el indianismo estaba emergiendo una “estrategia de poder” y retoma la siguiente cita del autor para describir:

[...] el momento en que el indianismo deja de ser una ideología que resiste en los resquicios de la dominación y se expande como una concepción del mundo proto-hegemónica intentando disputar la capacidad de dirección cultural y política de la sociedad a la ideología neoliberal que había prevalecido durante los últimos dieciocho años. De hecho, hoy se puede decir que la concepción del mundo de corte emancipativo más importante e influyente en la actual vida política del país es el indianismo y es el núcleo discursivo y organizativo de lo que hoy podemos denominar la “nueva izquierda” (García, 2009:388, citado en Modonesi, 2010:567).

Es decir, un sector del movimiento indígena boliviano decide, en una coyuntura específica, pasar de las luchas autonómicas y la defensa de su territorio a la posibilidad de aliarse con otros sectores sociales y grupos políticos para apoyar la candidatura de Evo Morales y ser un actor importante en la transformación social desde el control del aparato estatal por parte del partido político Movimiento al Socialismo (MAS).³ En la diversidad del movimiento indígena boliviano se deja ver, sin embargo, un abanico amplio de actores y estrategias políticas que aspiran a construir diversos proyectos políticos emancipatorios, pero en cualquier caso lo que se observa es la politización de los actores, su presencia cada vez más visible y su capacidad de incidir en los procesos políticos y sociales cuando optan por la vía hegemonista. En este caso la incidencia se da, por ejemplo, en la elaboración de leyes y políticas públicas que los favorezcan, así como en la presencia de líderes en diversas instituciones del Estado como los ministerios de Estado o los congresos o parlamentos que poco a poco van sustituyendo a las anteriores élites dominantes. En Bolivia estamos frente a un caso de construcción

³ Modonesi (2010:568) afirma que “la conclusión de este ensayo abre una disyuntiva política fundamental en la medida en que se pregunta si el movimiento social podrá ser hegemónico, volverse Estado o simplemente un contrapoder. La opción de García Linera trasluce y en ella se vislumbra la apuesta hacia el MAS y la candidatura de Evo Morales y la perspectiva de una transformación que asuma al espacio estatal como clave fundamental, lo cual se traduce teóricamente en el pasaje de una perspectiva autonomista a otra centrada en un proyecto hegemónico”.

permanente de una “hegemonía nacional-popular” como proceso de transformación social basado en: “una alianza indígena popular y de la clase media letrada de la administración estatal”; así como en “la descolonización, el pluralismo cultural, el estatalismo productivo, la democratización social de la política y la desconcentración territorial del poder” (Modonesi, 2010:570).

Respecto de los movimientos sociales en México, en las elecciones de 2018 tuvimos el caso concreto del movimiento indígena que se insertó en la posibilidad de que en las luchas por el cambio social se diera una mezcla de luchas autonómicas y hegemónicas con la unión entre el movimiento zapatista y su proyecto político autonómico y la iniciativa del Congreso Nacional Indígena (CNI) de formar un Concejo de Gobierno Indígena que postuló a una mujer indígena como candidata independiente a las elecciones presidenciales (Aranda y Ramírez, 2019). Esto implicó que el zapatismo como uno de los movimientos paradigmáticos en las luchas autonómicas y como un actor central dentro del CNI, en alianza con el movimiento indígena nacional (tanto el sector representado por el CNI como los grupos que actúan con independencia a éste), pero también en alianza con otros movimientos sociales y grupos políticos pretendió, en algún sentido, obtener el poder estatal mediante su participación en las elecciones federales, aunque en su discurso los zapatistas siempre mencionaron que el fin último no era la conquista del poder sino la utilización de la plataforma electoral para visibilizar las demandas de los pueblos indígenas (Aranda y Ramírez, 2019). Las posibilidades de construir un bloque contrahegemónico con otras fuerzas políticas y sociales como el partido Movimiento Regeneración Nacional (Morena) o la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) fueron pocas, debido a diversas diferencias y desencuentros entre ellos, lo que restó posibilidades de triunfo de la candidatura independiente en la contienda electoral al tener necesariamente que ir separados en la lucha por la Presidencia tanto Morena como el zapatismo y el CNI. Al final no se logró el registro oficial de la candidatura independiente. Sin embargo, resulta interesante y rescatable que un sector importante de la izquierda social haya explorado la posibilidad de combinar la vía autonomista y la hegemónica en la búsqueda de un cambio social. Es decir, sin renunciar necesariamente a su proyecto autonómico el zapatismo exploró una vía hegemónica que había negado e incluso criticado severamente en 2005 y 2006 con la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y la iniciativa política denominada “La otra campaña”. Aunque el CNI y el zapatismo no tenían serias intenciones de tomar el poder estatal sino de visibilizar las demandas indígenas y diferenciarse del proyecto obradorista, esta experiencia queda como un precedente de la posibilidad de convergencia entre movimientos y partidos para buscar nuevas vías de transformación social utilizando cauces institucionales.

En los diversos procesos de transformación social registrados en América Latina podemos estar ante el caso donde un mismo actor cambia su estrategia de acción pasando de privilegiar la vía autonomista a probar la vía hegemónica, como el caso de un sector del movimiento indígena boliviano o a la combinación de ambas vías como lo hizo el movimiento indígena mexicano en la pasada coyuntura electoral. En cualquier caso, lo que se debe destacar es la preexistencia de la relación antagonista entre los movimientos sociales y las clases subalternas y el Estado y la clase dominantes y sus diferentes élites.

En esta misma postura de que la necesidad de un cambio social en México requiere explorar las dos vías, podemos ubicar la siguiente cita de John Ackerman (2017), quien a la vez que acompaña y participa en movimientos sociales promovió también la candidatura de Andrés Manuel López Obrador a la Presidencia. Analizando el momento crítico por el que pasaba México este autor afirmó que:

La autogestión, las redes de solidaridad, la lucha social y la organización comunitaria son nuestras rutas hacia el rescate nacional. Solamente así podremos superar el miedo y rebasar la enorme vulnerabilidad en que los poderes económicos y políticos nos han colocado a todos. Pero para ser realmente efectiva, la autogestión social también debe tener una salida política. La “resistencia” a secas debe transformarse en la conquista de la justicia y el poder gubernamental.⁴

Aquí encontramos de nuevo la estrategia en dos pasos simultáneos que implica que, a la par de seguir construyendo procesos autónomos de resistencia y construcción de poderes antiestatales, se debe dar la lucha por conquistar el poder político del Estado. Así, desde un gobierno progresista que sea cercano al pueblo y a sus necesidades y teniendo un pueblo organizado y movilizado que apoye las principales acciones del gobierno, se podrá construir una lucha contrahegemónica que sea esencialmente antineoliberal, anticapitalista y que luche contra la corrupción fundando las bases de un poder obedencial.

Las vías y las concepciones del cambio social siguen abiertas. América Latina ha explorado el camino de la toma de poder y su construcción desde abajo, ha contado con importantes experiencias de autonomía y ha logrado generar procesos contrahegemónicos. En todas estas experiencias los movimientos sociales demostraron ser actores políticos de primer orden que apuntan a una transformación de la sociedad. Ante la

⁴ Para tener otras visiones sobre el proceso de transformación política en México puede verse el texto coordinado por Blanca Heredia y Hernán Gómez (2021).

apertura de una segunda ola de gobiernos progresistas será importante seguir analizando estos temas que nos permitirán afirmar que nuestra región sigue siendo la vanguardia en las luchas por construir alternativas. A pesar de ello, es importante considerar que el progresismo sigue teniendo dificultades para cumplir con sus objetivos (Gaussens, 2017)⁵ y tiene enfrente a un oponente de peso que no cesará en criticar y cuestionar sus acciones. Para García Linera: “la nueva oleada progresista tiene al frente a unos opositores políticos cada vez más escorados hacia la extrema derecha. Las derechas políticas han superado la derrota moral y política de la primera oleada progresista y, aprendiendo de sus errores, ocupan las calles, las redes y levantan banderas de cambio” (2021).

Ante ello la organización política del campo popular será fundamental, se abre así la necesidad de explorar las vías del cambio social buscando la toma del poder y su construcción desde abajo, generando procesos antihegemónicos, pero impulsando también la autonomía y la autoorganización popular. Es importante, sin embargo, observar en el proceso los límites y los alcances tanto de la estrategia política basada en el Estado y en el cambio desde arriba liderado por la izquierda progresista (Gaussens, 2017), como la estrategia desde abajo encabezada por las luchas populares de base autonómica que buscan un “mundo otro” posible (Zibechi, 2017). En ello será importante buscar siempre las confluencias necesarias y pertinentes para impulsar con mayor fuerza y éxito los necesarios procesos de transformación social que impliquen a la vez cambios culturales (de valores) y cambios políticos (institucionales).

REFERENCIAS

- Ackerman, John (2017). “Más allá de la indignación”, *Proceso*, México, 4 de junio de 2017 [<https://revistas.juridicas.unam.mx/index.php/hechos-y-derechos/article/view/11319/13249>].
- Ackerman, John y René Ramírez (2020). *La disputa por la democracia en América Latina. Perspectivas y desafíos en una era de transformación social global*. México: PUEDJS-UNAM/ Cámara de Diputados LXIV Legislatura.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2007a). “Generando el contrapoder, desde abajo y a la izquierda. O de cómo cambiar el mundo, revolucionando desde abajo el poder”, *Contrahistorias, la otra mirada de Clío*, año 4, núm. 8, marzo-agosto. Ciudad de México, pp. 73-86.

⁵ Si bien comparto algunas críticas hechas por el autor hacia los gobiernos progresistas de la primera ola es importante mencionar que los pueblos, los movimientos sociales y sus dirigentes (que forman parte del pueblo) han participado en alguna medida en la conformación de esos gobiernos, por lo que es necesario también una autocritica acerca del papel desempeñado por estos actores.

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2007b). “Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano”, *Contrahistorias, la otra mirada de Clío*. México.
- Aranda Andrade, Marco y Miguel Ángel Ramírez Zaragoza (2019). “Movimientos sociales y democracia: dimensiones políticas y culturales de la iniciativa zapatista de candidatura independiente”, *Movimientos. Revista Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales*, vol. 3, núm. 2, julio-diciembre. México: Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales, pp. 32-56.
- Castells, Manuel (2010). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- Estrada Saavedra, Marco (2007). *La comunidad armada rebelde y el EZLN*. México: El Colegio de México.
- EZLN (2017). “Los muros arriba, las grietas abajo (y a la izquierda)”, *Enlace Zapatista*, 14 de febrero [http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2017/02/14/los-muros-arriba-las-grietas-abajo-y-a-la-izquierda/].
- García Linera, Álvaro (2021a). *Posneoliberalismo. Tensiones y complejidades*. Buenos Aires: Clacso/Prometeo.
- García Linera, Álvaro (2021b). “Segunda ola progresista en América Latina”, *La Jornada*, México, 28 de noviembre [https://www.jornada.com.mx/notas/2021/11/28/mundo/segunda-oleada-progresista-en-al-alvaro-garcia-linera/].
- (2009). *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Antología y presentación de Pablo Stefanoni. Buenos Aires: Prometeo-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Gaudichaud, Franck (2015). “¿Fin de ciclo? Los movimientos populares, la crisis de los ‘progresismos’ gubernamentales y las alternativas ecosocialistas”, *Rebelión*, 13 de octubre [http://www.rebellion.org/noticia.php?id=204346].
- Gaudichaud, Frank, Jeffery Webber y Massimo Modonesi (2019). *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica*. México: FCPyS-UNAM.
- Gaussens, Pierre (2017). *Tomar el poder sin cambiar el mundo. El fracaso de la izquierda latinoamericana*. México: Yecolti Editorial/Proeduc.
- Heredía, Blanca y Hernán Gómez (2021). *4T claves para descifrar el rompecabezas*. Grijalbo, México.
- Holloway, John (2011). *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Buenos Aires: Revista Herramienta/BUAP Editores.
- Modonesi, Massimo (2010). “De la autonomía a la hegemonía”, Reseña del libro *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, de Álvaro García Linera, *Antología y presentación de Pablo Stefanoni*, Prometeo/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, en *A Contracorriente, Revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 7, núm. 3, primavera 2010, Universidad Estatal del Norte de California, California, Estados Unidos, pp. 563-571 [https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/566/892].

- (2005). “Política y sociedad en América Latina”, en Teresa Castro *et al.* (coords.), *Poder y política en América Latina*. México: Cuadernos del CELA, CELA/FCPyS-UNAM.
- Oliver Lucio (2005). “Presupuestos conceptuales”, en Teresa Castro *et al.* (coords.), *Poder y política en América Latina*. México: Cuadernos del CELA, CELA-FCPyS-UNAM.
- Osorio, Jaime (2004). *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ouviña, Hernán y Mabel Thwaites (comps.) (2019). *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: Clacso/Bajo Tierra Ediciones/Ediciones desde abajo.
- Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel (2019a). “Los retos del gobierno frente a los movimientos sociales: la ‘Cuarta transformación’ y la organización popular”, en John Ackerman (coord.), *El cambio democrático en México. Retos y posibilidades de la “Cuarta transformación”*. México: PUEDJS-UNAM/INEHRM/Siglo XXI Editores, pp. 363-399.
- (2019b). “Movimientos sociales, política y democracia en México: 1968-2012”, en Javier Aguilar García, *Los movimientos sociales en la vida política mexicana*. México: IIS-UNAM.
- (2019c). *Autonomía, cultura política y democracia en el movimiento zapatista*. México: Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales/Conacyt.
- Ruiz Sanjuán, César (2016). “Estado, sociedad civil y hegemonía en el pensamiento político de Gramsci”, *Revista de Filosofía y Teoría Política*, núm. 47, noviembre.
- Sader, Emir (2015). “¿El final de un ciclo (que no existió)?”, *Página 12*, Buenos Aires, 17 de septiembre [<https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-281814-2015-09-17.html>].
- (2001). “Hegemonía y contra-hegemonía para otro mundo posible”, en José Seoane y Emilio Taddei (coords.). *Resistencias mundiales de Seattle a Porto Alegre*. Buenos Aires: Clacso, pp. 87-101.
- Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Universidad, 2016.
- Válles, Josep (2007). *Ciencia política. Una introducción*. Barcelona: Ariel.
- Zibechi, Raúl (2006). *Dispersar el poder. Los movimientos sociales como poderes antiestatales*. Guadalajara, México: Taller editorial La Casa del Lago.
- (2008). *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*. México: Ediciones Bajo Tierra-Sísifo Ediciones.
- (2017). *Movimientos sociales en América Latina. El “mundo otro” en movimiento*. México: Bajo Tierra Ediciones/El Rebozo.



